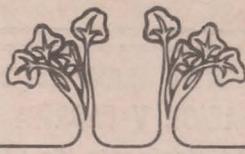


056  
a867a  
C.R.

el tomo de  
con cafe 1919



que comienza con tomo III 176

# ATHENEAE

REVISTA QUINCENAL

Directores:

ROGELIO SOTELA JULIAN MARCHENA  
MANUEL SEGURA

Como III  
#11



SUMARIO:

¡TENOTCHITLÁN!.....	Rafael Cardona
TRES CABEZAS COETÁNEAS.....	Luis Dobles Segreda
DE ROSTAND.....	Roberto Figueredo
DOÑA CRISTINA C. DE ZELEDÓN.....	R. S.
PANORAMA.....	Joaquín Vargas Coto
PÓSTUMA.....	R. Figueredo



IMPRENTA NACIONAL  
SAN JOSE - COSTA RICA  
1919



**LIBRERIA ESPAÑOLA**  
**IMPRESA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE**

De doña María vda. de Lines

NUEVAS PUBLICACIONES ACABADAS DE LLEGAR:

Diccionario Castellano de bolsillo, Calleja, 1 tomo de 1806 páginas.....	€ 10.00	Por correo	€ 10.30
„ Enciclopédico Larousse, ilustrado, con 5900 grabados.....	10.00	„	10.80
„ completo de la leng. cast. por el Dr. M. Rodríguez-Navas 1 t. de 1482 pág.	10.00	„	10.95
„ Enciclopédico ilustrado de la leng. cast por J. Alemany y Bolufer, 2800 pág.	15.00	„	16.00
„ Terminológico de Ciencias Médicas, por el Dr. León Cardenal, 1027 pág....	32.50	„	33.50
„ de la lengua castellana, por la Real Academia Española, 2 t. pasta española	45.00	„	47.00

Visite usted la LIBRERIA y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

# GRAN ALMACEN DE MUEBLES

LISTOS PARA LA VENTA

Se reciben órdenes para muebles  
 finos poniéndoles especial atención

Veintidós años de práctica

Jorge Morales Bejarano

## LIBRERIA E IMPRESA

La más barata

# TORMO

La más surtida

**GRANDES NOVEDADES EN PAPELERIA FINA**  
 AVENIDA CENTRAL - FRENTE AL BANCO MERCANTIL

# ATHENEAE

REVISTA LITERARIA

Precio de suscripción:		w	Se publica quincenalmente
Número suelto . . . . .	¢ 0.30		
Serie mensual (2 números) . . . . .	0.60	m	DIRIJASE LA CORRESPONDENCIA AL APARTADO N° 1
Para el extranjero:			
Número suelto . . . . .	\$ 0.15	n	La colaboración será solicitada
Serie semestral (12 números) . . . . .	1.50		

N° 11

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 15 DE DICIEMBRE DE 1919

TOMO III

## ¡ Tenochitlán!

Para el Sr. Cienfuegos, noble representante  
del Imperio Sagrado a cuya sombra aun  
prospera la América de los Latinos frente  
al búfalo.

¡ México, pueblo fuerte de las otras edades  
a quien la zurda Némesis arrugó el entrecejo,  
cuando vieron tus selvas el broncíneo cortejo  
de los cien caballeros de las cien tempestades!

¡ Alza tus pabellones que hinche el soplo del Hades!  
¡ En los altos Imperios del Gran Rito Bermejo  
aun vive Huitzilpotzli, Cuauhtemoc no está viejo,  
y aun respiran los ídolos en los trágicos jades!

¡ Contra el oro tu grifo, contra el oro tus barros,  
y tus enormes indios, sonoros como carros,  
macizos, raudos, firmes en la gesta gloriosa!

¡ Tenochitlán, Imperio de los sacros aztecas,  
con las melenas rubias trabajarán tus rucas  
la inmensa tolda de oro que dé sombra a la Diosa!

Rafael Cardona

## Tres cabezas coetáneas

Dibujos inéditos de Hine especiales para "Athenea". Fotografiados de Montero.

### Introito

Por complacerlos, mi querido Rogelio, escribo para la Revista de ustedes estos bocetos.

Por complacerlos y porque realmente son dignas de toda loa las caricaturas de nuestro querido Enrique Hine.

Pero, ni tengo tiempo para ocuparme de extenso en estos ilustres viejos, ni cabe un estudio en la estrechura de «Athenea».

Para el trigo que han molido hay que alistar muchos costales.

Cuatro líneas, pues, para que no quede desnuda la caricatura sino que lleve un como esquicio literario de cariñosa devoción, sin pujos de doctrina.

### Ruggiero Leoncavallo:

Dijérase que Leoncavallo es «*I Pagliacci*». Lo único de gran momento que le debe la música, pero que basta y sobra para una consagración. Pocas óperas, en los tiempos de agora, hanse recibido con más crecido aplauso y más merecido elogio.

Desde que la estrenara en el Dal Verme de Milán ha corrido todas las capitales del mundo, de triunfo en triunfo, llenando su melancolía de rosas y laureles.

Dicen los críticos que está inspirada en *Un Drama Nuevo* de Tama-yo y no hago sino decir que dicen porque no conozco este *Drama Nuevo*, ni he podido haberle.

Por lo demás al pobre Leoncavallo, muy a pesar de sus caprichos sinfónicos, siempre le han puesto a espaldas el sambenito de poca originalidad y muchas reminiscencias o recordares de ajenas armonías. En cambio nadie podrá negar la fuerza de inspiración que anima la obra y la hace cautivar el sentimiento y encadenarlo al poste de la admiración.

Lo demás del gran músico no alcanza al mismo plano y es chato en parangón con *I Pagliacci*. Chatura relativa con su obra genial que no señala mediocridad en todo lo otro.

Se estrenó con *Chatterton*, ópera trágica, y el éxito fué ruin.

La escribió para Bolonia y vino a subir a escena en Roma, ajada ya en manos de muchos temerosos empresarios.

Su esperada Trilogía *Crepusculum* no pasó de ser humo de pajas; charmarasca quemada brevemente sin dejar rescoldo ni ceniza. Hoy nadie la recuerda.

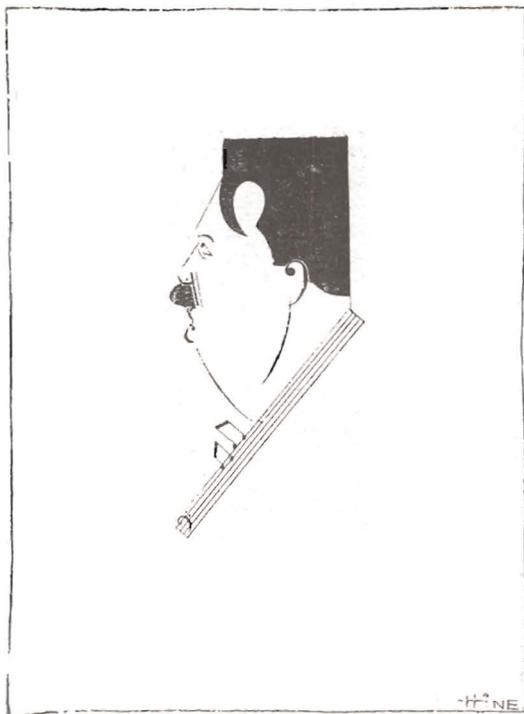
La primera parte *I Medici* estrenada en 1893 fué casi un fracaso que obligó a sus gemelas *Savonarola* y

*Cesare Borgia* a permanecer mucho tiempo inéditas, temerosas de llegar sin fortuna a la pilita bautismal de las consagraciones.

*La Bohême* de 1897 y *la Zazá* de 1900 tampoco lograron romper la indiferencia y la onda sonora no pudo trasmitirse con éxito en el ambiente, enrarecido por un vacío doloroso, entre la gente de cultura musical.

Luégo, la sonada y cacareada grande ópera *Der Roland von Berlin*, escrita por encargo del infortunado Kaiser Guillermo II<sup>o</sup>, entretenido entonces en hacer pose de Mecenas, no dió golpe.

Fué en 1904 cuando subió a tablas y, al decir de los que la conocen, si no resultó parto de los montes fué motivo de muchas desilusiones aun entre los más leales devotos.



No puede negarse, pues, que Ruggiero Leoncavallo hurgó bastante la gloria y que si le ha sido un tanto esquiva no lo fué por falta de empeño y de consagración.

Pero eso dicho, nadie osará negar tampoco que fué lo que este Enrique Hine ha comprendido en su carica-

tura, una enorme cabeza, genial y extraña, llena de armonía.

\* \* \*

Fué docto en las más hondas complejidades de la técnica musical. Como profesor de armonía, al decir de los críticos, no tuvo quien pudie-

ra hombreársele y como contrapuntista se le cita en los conservatorios con el dictado de maravilloso.

Si el compositor no fué feliz, el ejecutor llegó a serlo mucho.

Adorado hasta el delirio por los públicos fué en jiras constantes por Francia, Inglaterra, Italia y Alemania como virtuoso dominador del piano, arrastrando y conmoviendo.

Una vida agitada, mar castigado por tormentas de inquietud, le llevó de Norte a Sur dirigiendo conciertos y ordenando orquestas para cafés cantantes y salones de baile. Le hizo popular en todas partes. Pocas popularidades tan extensas como la de Leoncavallo.

Vida revuelta y alterada por apatitos de hombre y caprichos de artista, que en una noche tiraba lo acumulado en muchas, le hizo rodar mundo, a veces pobre y entristecido, como un bohemio, a veces rico y fastuoso, como un príncipe.

La gran característica de su música es siempre una imborrable melancolía, a ratos como un cansancio de la vida, como un gran dolor de irla viviendo.

Este dolor se perpetúa en la queja o se diluye en la risa entristecida de sus burlas.

Su verso, porque él mismo escribía los libretos de sus óperas, y más que su verso su armonía, va diciendo a lo largo de la obra este matiz melancólico y doliente. A veces lo irrumpe un estallar de notaciones formidables, plenas de vigorosos arrestos, pero sólo son paréntesis

para volver al dolor, casi a la desesperanza.

Parece que toda su música fuese nostálgica añoranza del cielo azul de Nápoles, del mar azul de Nápoles, de la montaña azul de Nápoles. Una infinita ansia de azul y de ensueño.

Aquel cielo, aquel mar y aquel monte donde vivió su infancia, donde oyó toda la armoniosa música que sabe cantar Thalasa con sus crines de plata sobre el oro de las playas. La nostalgia de aquella tierra maravillosa, de ojos latinos y terribles, de carnes voluptuosas y malditas.

La tierra que baila con el puñal al cinto, entre la locura de la tarantela y el horror de la vendetta, pero donde el alma es toda musical y toda bella.

La tierra donde siempre será verdad el decir del poeta:

«*Vedi Napoli e poi mori*».

Ruggiero Leoncavallo es *I Pagliacci* pero *I Pagliacci* es Nápoles, allí el secreto de su grandeza y su melancolía.

## Rudyard Kipling:

Maravillosa cabeza la de este tremendo viejo Rudyard Kipling. Sugiere tal número de ideas encontradas que apenas es posible en esta página hacer un esquicio, o como diría él, un *sketch*. Enterró el ombligo en Bombay el año 1865, y, al puntualizarlo, no quiero otra cosa que hacer notar su nacencia bajo el trópico, en el regazo de la natura-

leza de más loca y robusta exuberancia.—El hombre y la naturaleza son allí íntimos conviventes y ambos sufren la inquietud de una preñez perenne que se traduce en espontánea creación irresistible.—Aun cuando fuese Rudyard más tarde a Inglaterra, como todos los ingleses del Indostán a recibir cultura, ya las primeras emociones del niño, imborrables y eternas, habían sedimen-

tado. Ni el frío ni la bruma de las Islas, ni la flema y el cálculo sereno de la gente rubia, hicieronle contagio.

Al volver a la tierra nativa, bajo los ardores del sol canicular, y en contacto con la naturaleza salvaje, eternamente parturienta, su espíritu de poeta sintióse agitado por las más grandes inquietudes y floreció en caprichos desordenados.

Es un mal estudiante, decían en



un informe los profesores del «Westerward Ho College» en Bideford, hace lo que le da la gana y se vive leyendo cosas tontas fuera de programa.

Entendido así el medio, se explica la exuberancia asombrosa y la originalidad magnífica con que se anun-

cia la selva interior de este hombre genial.

Vuelto a la Península, ya doctri- nado, para redactar la *Civil and Military Gazette*, empieza allí su pluma fogosa a recoger sensaciones de aquel solar exótico y lleno de maravilla.

Sus famosos *Plain Tales from the Hills* fueron publicados primero en el periódico para distraer los hastíos de soldados y colonos.

Por eso son ligeros, sutiles, efectistas, escritos para un momento pero de una belleza que los eterniza.

Por eso mismo leyendo cualquiera de sus libros *In Black and White*; *We Willie Winkie*, los nombradísimos cuentos de *The Jungle Book*, que tan sabiamente vertió al castellano D. Ramón Perés con el título de *Libro de las Tierras Virgenes*, se nota una franca despreocupación filosófica.

Sin ocuparse hondamente en alguna idea, se entretiene con las más bellas, haciéndolas subir y matizándolas de iris, como un niño que juega con pompas de jabón, pero sin importarle, maldita la cosa, que se rompan a cualquier altura y se resuelvan en vacío.

Eso le resta armonía y solidez a la obra de Kipling, en la cual es estéril buscar unidad de propósitos o concatenación de tendencias.

Pasa de lo más delicado a lo más brutal, de lo más elevado a lo más cínico. Todo arreglado con lujo de color y de sonoridad y engastado en un hilito de burlas, de tan encantador gracejo y con tanto disimulo urdidas, que, viéndose todos aludidos, buscan siempre aleros de vecino para colgar la alusión.

Esta inquietud febril da a su obra fragilidad de cristal. No entiende uno por donde va a romperse, pero, por eso mismo, tiene gracia de novedad cada fractura.

Esta loca volubilidad y este caprichoso agitarse en tan diversas direcciones es aprendido en plena naturaleza, allí voluble y caprichosa; quizá lo estudiara con sus buenos amigos, los habitantes de la *Jungle*: *Shere Khan*, *Bagheera* o *Kala-nag*.

El tigre se lame los mostachos ceremoniosamente y se espereza al sol con voluptuosidades orientales. Se dijera, entonces, todo manse-dumbre y somnolencia. De pronto se le enciende el ojo, se le hincha el hijar, le tiembla el bello, husmea y da un salto. Tened cuidado con su garra sangrienta y formidable.

Kipling conoce esa gimnasia. Es agresivo y cruel, pero con disimulos felinos y destrezas que ponen gracia en sus agresiones y crueldades. Fantástico, impetuoso, tiene este espíritu una plenitud de amor a la naturaleza salvaje y desenfrenada.

Romero incansable, ávido de emociones renovadas, viaja por los países más lejanos y más llenos de novedad y de leyenda.

Visita China, va al Japón, corre el Africa, viene a nuestra América, busca Australia, se éxtasía en las nuevas Zelandas y va colmando el ojo de visiones y el corazón de motivos.

Su obra es luégo urdimbre de los más raros hilos, fresco de los más locos cromatismos, orquestación extraña de los más desordenados caprichos sinfónicos.

Pero de todo salta una característica: la fuerza, el nervio vigoroso,

la lozanía de la imaginación. Diríase su prosa un Niágara, con todos sus caprichos y sus volubilidades, pero con un carácter constante de agua en cataclismo.

Por eso su verso resulta duro, férreo, como si estuviese petrificado. Tal sensación deja su enorme epinicio *Recessional* y aun aquella cariñosa colección de *Departmental Ditties* en que recoge sus emociones de niño, a los veintidós años.

El eminente crítico Jesús Castellanos parece sentir sus versos de igual manera. Hablando de su *Barack-Room Ballads* escribe: «Aquel escenario de siluetas sanguíneas y de tipos sin moral y sin ley, venía a objetivar, con una elocuencia terrible, sus ideas de holocausto a la fuerza y de extirpación de los débiles».

Esta fuerza, impulsiva y temeraria, le lleva frecuentemente a los lindes del cesarismo.

Por algo Guillermo II, el desgraciado ex-Kaiser, le quiso de tan viva manera. Una de las gravedades de Kipling le preocupó tanto que escribió a su mujer ofreciendo todo servicio y declarándose admirador devoto del poeta.

«Veo en él, le decía, al cantor de los grandes hechos de la raza común que forma el sedimento de nuestros dos grandes pueblos».

Soñaba entonces el gran megalómano con unir en su puño los dos pueblos para adueñarse del mundo. Era el año 1899.

Los motivos kiplinianos son siempre motivos de fuerza donde triun-

fan la habilidad y la resistencia. Sus personajes fueron soldados, contrabandistas, cazadores de tigres, conductores de elefantes, capataces de minas, lobos marinos o fieras de la montaña, y llevan siempre un sello de fiereza, de rusticidad fuerte, desnuda y profunda; el que tiene la naturaleza virgen de la India.

Bien razonadamente decía don Rafael Altamira: «La gloriosa poesía del mundo natural pocas veces ha sido interpretada por un hombre de modo tan elevado y profundo como por Kipling».

De preferencia son estos héroes amorales y perversos; no sin razón un crítico puritano, Theodore de Wyzewa, los tacha de impiedad anticristiana y anuncia que su obra será perecedera porque, si halaga en novedad, carece de fondo filosófico y de ética estable.

Pero, a pesar de tales reparos, el momento sí le perteneció en grado sumo, la crítica de Wyzewa era dicha en ocasión en que se le confería el Premio Nobel de 1907 y cuando los periódicos más nombrados se disputaban su colaboración, pagándola al fabuloso precio de un chelín palabra, rata fijada por *The Times*.

Las otras características de la obra son adjetivas y en cierto modo complementarias. Una gran potencia imaginativa que le ha hecho famoso por las escenas maravillosas y extraordinarias en que, al decir de un crítico, nada es verdad y todo parece verdadero.

Penetra la naturaleza y se deja penetrar por ella hasta la médula de los huesos, y es exótico, y es raro, y es rotundo como la naturaleza en que se mueve y que adopta por maestra.

¿Acaso le importan a él los públicos, las academias, las doctrinas, las conveniencias, las reglamentaciones?

Todo lo rompe con tajos efectistas y el agua suya se lanza sobre la riba de las preocupaciones en lujoso desorden.

Perés lo dice: «La personalidad de Kipling no es de las que esperan modestamente que llegue el beneplácito de los críticos y les diga cómo y sobre qué deben escribir, sino que traen dentro de sí un mundo y lo van esparciendo a pedazos para que los demás aprendan algo que ignoraban o que no pensaron nunca que pudiera ser tan bello iluminado a plena luz».

Pienso que la fuerza de este raro cantor le viene de allí, de su propio manantial, porque ha sentido y oído su yo antes que todo. La voz secreta, la vibración oculta que va descubriendo al poeta que todos llevamos escondido y, sin vestirlo de ajenas pieles, lo deja desnudo y primitivo como el *Mowgli de la Jungle*.

Así lo comprende esta noble caricatura de Enrique Hine: cuatro trazos enérgicos, rotundos y extraños, pero plenos de personalidad y de talento.

Es así esta cabeza.

## Andrew Carnegie:

Ningún nombre contemporáneo sabría despertar en mí más viva simpatía que el de este gran viejo.

Dueño de la más fabulosa fortuna, a punto de que en él pudiera afirmarse que se realiza la fábula de Midias, vivió vida sencilla y cristiana, como la concibiera Wagner. Vida consagrada por entero al servicio del bien, como si en verdad la fortuna sólo hubiera querido tener en él una como a modo de cornucopia para derramar sus beneficios sobre todos los necesitados.

Y como si fuese verdad indiscutible el decir de Francisco de Asís, el sentido bíblico, que aquellas monedas dadas a los necesitados vuelven al bolsillo duplicadas, esta fabulosa fortuna, que dejó cortas a las de los Cresos y los Fúcares de todos los tiempos, cuanto más se prodigaba más crecía.

El viejo Carnegie, a quien muchos tienen por americano, nació en un rinconcito de Escocia, en Dunfermline, allá por 1837. Vino a América cuando tenía diez años, porque su padre, fogoso predicador de un socialismo revoltoso, se vió estrechado por empresarios de grandes telares y buscó en América campo más abierto a sus ideas y a sus trabajos.

Vínose acá con las manos en los bolsillos, como solemos decir, pero, hombre empeñoso, enganchóse luego en una fábrica de telas y allí empleó al muchacho Andrés.

El mozo metió duramente hom-

bro al trabajo y, desde el amanecer hasta ya anochecido, laboraba recio para coger un pequeño aumento sobre el dólar semanal que tenía de soldada.

Pero he aquí un niño realmente prodigioso; las noches llevábalas metódicamente estudiando libros que pedía prestados a un benefactor, el coronel Anderson, que sabía poner su biblioteca al servicio de los obre-

ros.—Y empieza la inquietud del mozo y el rodar de un trabajo al otro mejorando cada vez, en razón directa del empeño y la dedicación.

Le aceptan con aumento en un taller de carros, luego va a servir de recadero en las oficinas telegráficas de Pittsburg con dos dollars y medio por semana.

Pero el recadero se empeña en aprender el oficio y luego es un útil



empleado del telégrafo. El proceso sigue, la telegrafía le da entrada en los ferrocarriles de Pensilvania y asciende, de las posiciones más humildes a las más elevadas, hasta que un día llega a ocupar la superintendencia de la sección de Pittsburg.

Todos convenían siempre en que el muchacho tenía talento clarísimo y fácilmente adquisitivo, que era ordenado hasta la exageración, serio y observador.

Pero de todas esas informaciones dos líneas saltan más pronunciadas que todas las otras; son los dos

rieles sobre los que se mueve toda su actuación. Era bueno y era activo.

Tenia corazón de oro y puño de acero. Incansable en las dos direcciones: hacer el bien y trabajar constantemente.

La voluble Fortuna le estaba ya mirando con atención y un día saltó al paso. Viajando en un ferrocarril trabó relaciones con un tal Mr. Woodruff. Era mecánico y había ideado un carro en que los viajeros podían dormir durante las travesías. El *sleeping-car*.

Carnegie, que tenía miradas de águila, penetró de golpe hasta el fondo del asunto, le puso la mano sobre el hombro, lleno de entusiasmo, y se asoció con el hombre para levantar una compañía constructora. Allí nació su primer negocio y la primera compañía que le perteneciera, la *Woodruff Sleeping Car Co.*

La compañía fue mina rica que puso en sus manos dinero bastante para moverse en otras direcciones.

Luégo el ojo inteligente fué señalando el camino del éxito. Compró la *Stoverly Farm* en 40,000 dollars y, en un año de cultivo intenso, sacó cerca de un millón de rendimientos.

Introdujo en América el nuevo método de fabricación de acero imaginado por Bessemen y fundó luego una segunda empresa, la *Pittsburg Bessemen Steel Works*, en la que llegó a producir, andando días, 2,000 toneladas diarias de metal.

Compró después todas las fundiciones y fábricas, que tenía en estado ruinoso Edgar Thomson, y las rehabilitó.

Seguirle ahora es imposible, su fortuna crece y crece, sin tasa alguna, y todos los grandes negocios y todas las empresas de importancia le cuentan como hombre suyo, indispensable.

Las fundiciones de *Hartman*, las de *Keystone Bridge Works*, los altos hornos *Lucy*, la *Frick Coke Co.*, la *Homestead Steel Works*, son parte de esa lista interminable de grandes actividades que él dirige y anima.

En 1899 las funde y resume en la gran empresa *Carnegie Steel Works* y, por fin, en el enorme conglomerado de la *United States Steel Corporation*.

Nunca vióse hombre que sumase en sí tal número de actividades y atendiese tantas cosas y tan grandes, sin que manifestara cansancio o descuido. Prodigios del orden y la distribución del trabajo.

\* \* \*

Hasta aquí el empresario, el riel activo, el puño de hierro. Ahora el otro lado. El corazón de oro, el hombre bueno, el riel generoso.

Y aquí una respetuosa devoción que traduce en elogio.

Todas las riquezas por Carnegie acumuladas no se alistan en mezquinas empresas de fenicio sino que, abierta y francamente, se ponen al servicio de la cultura y del bien por todos los caminos.

Empieza por proteger, de una manera decidida, a los que le ayudaron a amasar millones. Da porcentajes a los obreros y los interesa, de modo sabio, en el auge de sus negocios. Sube los sueldos, en relación directa con los precios que la mercancía alcance en el mercado, y hace así que sus servidores vivan resueltamente empeñados en el éxito. Funda un gran fondo para jubilación de ancianos, inutilizados en los afanes del taller, y dona cinco millones a la caja de la institución.

Ofrece millón y medio de dollars para una sociedad de socorro mutuo entre los mecánicos.

Y, soñador, idealista, humanitario, cede cinco millones para crear premios cuantiosos para todas las personas que, en el Canadá y Estados Unidos, realicen acciones heroicas por salvar la vida humana y para los descendientes de aquellos que se sacrificaron en empresas abnegadas.

Piensa que la enseñanza es nave de Argos para ir a la conquista de ese Vellocino que llaman felicidad humana y se da a la tarea de fundar escuelas, gabinetes y bibliotecas en todas partes.

Cabe aquí recordar que dotó con diez millones a las universidades de Escocia.

Dió nueve al Instituto Educacional de Pittsburg y otros nueve al Instituto de Washington.

Dos millones para la Escuela Politécnica de Pittsburg, cinco para las escuelas y colegios de su pueblo natal Dumfermline.

Y, al hacer estas fundaciones, no persigue credo o tendencia que reclame prosélitos, sino que se abre a la más generosa amplitud de horizonte. En el acta angular del Instituto Carnegie de Washington dejó estipulado este criterio declarando que solamente pretende: «Dar a la ciudad una institución, que en cooperación con otras semejantes, ya establecidas o que en lo sucesivo se establezcan, auxilie, en el más amplio y liberal sentido, a los investigadores que tratan de hallar nuevas aplicaciones a los conocimientos humanos y les proporcione libros, laboratorios, aparatos y demás elementos necesarios para sus trabajos».

¿Puede darse criterio más abierto y más alto que el de este maravilloso Rey del Acero?

Entiende que la paz tiene que ser la más grande conquista del mundo moderno y se dedica a soplar en la vela de su propaganda con pulmón entusiasta y decidido.

Ayuda a crear la gran Corte de Arbitraje Internacional y la dota con el soberbio Palacio de la Haya.

Funda la «Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas» para tender hilos de cordialidad entre los postes clavados a lo largo del continente.

Regala a Centro América el Palacio de Paz, para esconder a su elefante blanco, y al participar en las conferencias, entonces realizadas, su corazón de hombre bueno dicta, en verbo lleno de sencillez, la concre-

ción de sus altísimos ideales: «Tan poseído me hallo por ese sentimiento de fraternidad, que mi corazón sale de mi pecho para dirigirse a cada uno de ustedes, representantes del Sur y del Norte. ¡Ah! si no tuviera más que una oración que ofrecer, —ya no pido a Dios en mis oraciones, porque me ha concedido muchos beneficios que no merezco— esa oración sería: «¡Oh! Dios Omnipotente, guíad a estos legisladores para que puedan unir con fuertes lazos de paz a los países que representan, haced que se abracen unos a otros diciendo: ¡Hermano mío!»

Es realmente conmovedor este sentir que remata su discurso.

He aquí una voluntad de hierro convertida en oro por milagro de una alquimia que sólo conocen los que llevan el corazón en la mano.

Entiende que la paz debe predicarse desde abajo, haciéndola arraigar en la parcela de las democracias, para que alimente su arborecer en la era misma de los que sufren el gran mal de la guerra y en tal inteligencia escribe su obra de propaganda «Triumphant Democracy» y sostiene dieciocho periódicos en el servicio de las ideas democráticas.

Hombre, completamente absorbido por la vorágine de los negocios más cuantiosos, ocupa sus horas libres en escribir meditaciones de una filosofía sana, honrada, llena de sencillez y perfectamente sincera.

Tal se manifiesta al través de sus libros: «An American Fou-in-hand in Britain», «Round the World»,

«Empire of Business», «James Watt» y la ya dicha «Triumphant Democracy».

Gran corazón, puesto por entero al servicio de la humanidad dolida, en medio de la más completa actividad que pudiera concebirse, vivió una dulce y reposada vida sencilla, llena de amor para los hombres y para las cosas, como la soñara Eugenia Guerin, llamando a su madre con una cariñosa devoción que enternece: «mi santa», «mi reina», y llamando a las bestias como el ruiseñor de Umbría: «mis amigos los caballos», «mis amigos los perros».

Idealizándolo todo, pensando siempre con un alto pensamiento de nobleza que cristaliza en todo.

Cuentan que su bella residencia de Skivo Castle está toda llena de sentencias bíblicas y pensamientos de los inmortales, particularmente de Carlyle y de Ruskin, por los que tuvo siempre una devota simpatía. Y esas sentencias fueron las directrices de traslación por la órbita de su vida. Por eso fué siempre alegre como un pájaro; de una alegría optimista y convencida, capaz de sorprender que en el camino se realizan los castillos en el aire, que tanto mortifican a otros hombres prácticos, que no se alzaron más alto que el rebaño. «En mi opinión, el mundo está en un completo error por lo que toca a los castillos en el aire. La gente se queja siempre de que esos castillos que se forjan no se realizan nunca, pero no deben

culpar de ello a nadie más que a sí mismos, pues que no se sabe reconocerlos cuando se presentan convertidos en hechos. "El día presente no es más que un rey disfrazado", dice Carlyle. La mayor parte de los hombres poseen los castillos que se forjaron en el aire, lo que hay es que no tienen olfato suficiente para darse cuenta de ello».

Capaz de asegurar que la fortuna no es veleidosa e inconsciente, como se le juzga, sino leal y perenne amiga. El mal está en que nos cegamos para no verla cuando se acerca llena de presentes y de gracias, para vivir a nuestro lado, y en que es insaciable la sed de nuestros apetitos.

«Amigos míos, la diosa Fortuna raras veces niega a los que la invocan lo que le piden y más aún; pero ¡cuán estupefacta debe hallarse ante la ceguedad de sus adoradores que siguen acercándose a rogar ante sus altares sin darse cuenta siquiera de que sus primeras peticiones han sido satisfechas!

La Fortuna necesita algún tiempo para preparar los presentes que destina a tantos peticionarios, las dádivas que más convienen a tal o a cual de ellos, pero si os fijáis de cerca, veréis que antes que lleguen a su destino, y por muy de prisa que aquella vaya, los mortales insensatos han dejado de dar valor a aquellos regalos, cuya llegada consideran ya una burla y lloran por obtener otras cosas».

Hombres de esta clase son quizá representantes de una raza superior, que aún tardará muchos años en extenderse por el planeta, pero que en llegando, hará que andemos por el valle de lágrimas, tal como el viejo Carnegie que ha sorprendido Enrique Hine en su mejor actitud.

Traduciendo en todo una honda satisfacción de la vida, una amplia y generosa contemplación, una profunda serenidad y una alegría que va iluminando el labio con la divina lámpara de una perpetua sonrisa de buena nueva, de paz y de perdón.

Luis Dobles Segreda

## De Rostand

*Trouvé dans un carnet*

Je ne veux que voir la Victoire.  
Ne me demandez pas: «Après?»  
Après, je veux bien la nuit noire  
Et le sommeil sous les cyprès.

Je n'ai plus de joie à poursuivre  
Et je n'ai plus rien à souffrir.  
Vaincu, je ne pourrais pas vivre,  
Et, vainqueur, on pourra mourir...

*Escrito en un carnet*

Ver el triunfo es lo que intento.  
No me digáis: «¿Y después?»  
Después... la noche consiento  
y el dormir bajo un ciprés.

Ya no voy tras la alegría  
ni tengo más que sufrir:  
vencido... no viviría;  
vencedor... puedo morir...

Traducción de Roberto Figueredo

## Doña Cristina Castro de Zeledón

El 7 de diciembre, a los 73 años de edad, después de una vida ejemplar y fecunda, ha muerto esta señora distinguida, creadora de un hogar apreciable y modelo.

Doña Cristina, con su muerte, exalta nuestro sentimiento: su vida fué la rara trayectoria de una santa; pasó por el mundo con el menor ruido, haciendo el bien sin alarde, consagrada a su hogar feliz y cultivando su espíritu en una celeste armonía. Muerta, tenía un resplandor que la santificaba, una tranquila sonrisa, una paz suprema. Su boca, que era para bendiciones, estaba plegada ya para el mundo, mientras el espíritu se abría a Dios. Una vida así, de resignación, de amor y de fe, tiene que conmover a los hombres cuando se apaga. Luminosa existencia la suya que, además, logró dejar un grupo de hijos dignos de ella: Guillermo, Celina, José Antonio, Luis, Roberto y Jorge.

A todos ellos y al esposo triste don Juan Zeledón, que hoy llora justamente su compañera de tantos años, enviamos nosotros nuestro pesar más hondo.

Dios ha recogido en su mejor lugar a quien en la vida fué toda alma, toda fe, toda amor.

R. S.

## Panorama

### Francia y Costa Rica

En el N<sup>o</sup> de 1<sup>o</sup> de octubre de la revista *América Latina* que en París dirige el brillante y bien conocido escritor Ventura García Calderón, con el subtítulo que lleva esta nota aparece un concienzudo artículo del maestro García Monge. La revista aludida tiene abierta una encuesta para que todos los escritores latino-americanos expongan los medios para hacer más estrechas las relaciones panlatinas en el mundo, y especialmente, el acercamiento franco-latino-americano.

El respetado maestro costarricense, cuya labor cultural va dejando en pos de su nombre una estela luminosa, trata el punto con amplitud y profundidad suficientes. Recrimina, y con sobra de razón, la apatía de las escuelas, de las universidades, de los periódicos, de todos aquellos

elementos que por su índole son los llamados a realizar la unión espiritual de estos países, por las cosas propias de América. Sugiere que la unión espiritual panamericana, sin dejar por fuera a los elementos anglosajones, se impone como la piedra angular para el propósito enunciado en esta cruzada. La mutua comprensión, la analogía de la orientación pedagógica, el culto de los grandes hombres que en nuestro continente, desde Alaska al Cabo de Hornos, se destacan por sobre la comunidad general como esos altos picos que la cordillera andina ha ido escalando del uno al otro extremo de este Nuevo Mundo, la labor de la prensa, el diario, la revista, el libro y el intercambio comercial, son los elementos llamados a realizar la aspiración generosa. Realza, por sobre todas, la tarea que con una buena y bien dirigida labor podría realizar el estudiante americano. La federación de los estudiantes panamericanos sería el centro prepotente y fecundo donde el sueño, que para algunos es ilusorio, de la unión continental, encontraría propicio capullo donde metamorfosearse en tangible realidad. De desearse sería que alguno de los órganos de nuestra prensa diaria reprodujese el artículo del Maestro García Monge, ya que a veces tienen la humorada de ocuparse de cosas serias y de bien positivo.

AMERONGEN.—Pero este señor demacrado, de abundosa y entrecana barba, que pasea apoyándose en un bastón, como los viejos octogenarios, es él? La fotografía, reproducida por todos los diarios y las revistas de Europa ha difundido profusamente la melancólica imagen del que, hace apenas un lustro, era el más poderoso de los monarcas del mundo.

En un castillo holandés, bajo un cielo de perennes brumas, en una pequeña ciudad silenciosa vive con sus recuerdos y sus añoranzas el que un día pudo ser llamado señor de los ejércitos. En el silencioso castillo de Amerongen, rodeado de jardines, con su estanque sereno en cuya superficie, espejo que tiembla al más leve soplo de la brisa, se copian los lánguidos cuellos enarcados de los cisnes, vive Guillermo Honhenzollern, el último de los férreos emperadores de Alemania. ¿Quién conocería en este señor de rostro tristemente resignado, que la fotografía muestra, al bizarro oficial de los enhiestos mostachos, viva y dura mirada aquilina, a cuyo firme paso por los polígonos militares prusianos se cuadraban los mejores regimientos del mundo, cuando Europa entera oía estremecida cómo sonaban, al andar, las rosetas de sus espuelas prestas siempre a hincarse en los hijares del bridon de batalla?

Los altos bigotes punteados, que llegaron a ser legendarios, ahora están cuidadosamente alisados naturalmente, a la manera burguesa; la barba entrecana ha poblado aquellas mejillas antes limpias cuidadosamente como las de los generales romanos; la mirada está fija, dulce y triste, en un macizo de hojas y flores; el pecho, antaño constelado de es-

trellas y cruces, con sus dos filas de gruesos botones dorados, ahora es el cualquier señor, con su camisa blanca, su cuello, su corbata y las solapas de una americana; las dos manos se apoyan en el bastón que vino a sustituir al cetro. Dicen los cronistas que, a veces, por las tardes, gusta de una completa soledad en la terraza del castillo: se queda entonces con la mirada fija en el lejano y uniforme horizonte holandés, siempre nivoso: si por acaso lo distrae el lento girar de las aspas de un molino que advierte en la distancia; es la ilustración un poco melancólica y romántica de los paisajes holandeses; a veces, contempla el caserío de la villa de Amerongen, triste, velado por la sutileza de la bruma, que da una impresión de dolorosas imágenes, llenas de rareza, de una extraña paz funeraria, tal como un poema de Rodembach.

Joaquín Vargas Coto

## Póstuma

Quiero — cuando la eterna avariciosa  
de vida empuje mi alma por lo incierto —  
que no me abrume el peso de una losa  
perenne sobre mí, porque haya muerto.

Que me lleven al fin del Camposanto  
— no seas haragán, sepulturero —  
donde el viento no lleve el desencanto  
de la ciudad; su aliento traicionero.

Allí caven mi huesa solitaria...  
Me dirán sus abejas su plegaria,  
zumbando, como chispas, a la luz,  
y cuando el día pliegue su estandarte,  
si llegas por allí, para abrazarte  
se moverán los brazos de mi cruz.

R. figuereo

# The Home Insurance Company

NEW YORK

ORGANIZADO EN 1853

ACTIVO 1917.....	\$	44.048.652
CAPITAL PAGADO.....		6.000.000
MONTO DE ASEGUROS 1917.....		3.973.476.518

ELBRIDGE G. SNOW  
PRESIDENTE

DEPARTAMENTO AMERICA CENTRAL

NEW ORLEANS UNDERWRITERS AGENCY

ASEGUROS DE INCENDIO

A. T. HARRISON, -GERENTE  
SAN JOSE, COSTA RICA

JAMES B. ROSS  
ADMOR. GENERAL

**MANUFACTURERS LIFE INSURANCE Co.**

**TORONTO, CANADA**

---

---

**SEGUROS DE VIDA**

**PLANES ESPECIALES MUY CONVENIENTES**

---

---

**SOLICITE INFORMES DE SUS AGENTES Y BANQUEROS PARA COSTA RICA**

**PIZA E HIJOS**